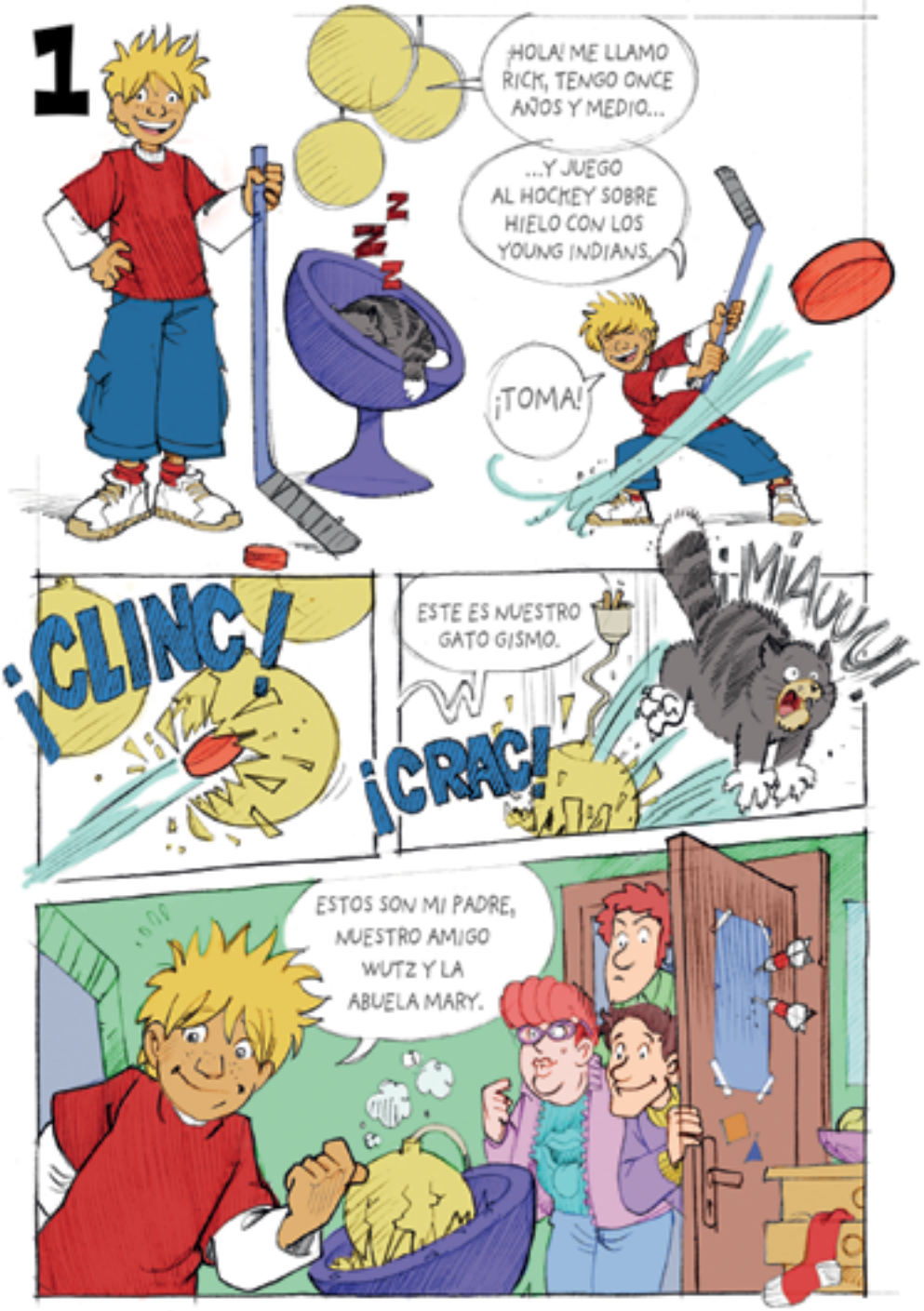
Antje Szillat

Rick 1

Cómo sobrevivir en una familia de chiflados

ANAYA


1
¡HOLA! ME LLAMO RICK, TENGO ONCE AÑOS Y MEDIO...
...Y JUEGO AL HOCKEY SOBRE HIELO CON LOS YOUNG INDIANS.
ZZZ
¡TOMA!
¡CLINC!
ESTE ES NUESTRO GATO GISMO.
¡CRAC!
¡MIAUUU!
ESTOS SON MI PADRE, NUESTRO AMIGO WUTZ Y LA ABUELA MARY.

Íbamos 5-5 y solo quedaban dos minutos de partido. ¡Era el momento decisivo! ¿Podríamos atacar otra vez? Nos preparamos para un saque en el centro del campo. El árbitro levantó la mano, pitó y dejó caer el disco.

Inmediatamente empezó la lucha salvaje por él, de la que Vladi salió vencedor. Enseguida vio que yo me había escapado por el lado derecho. Recibí el disco en el *stick,* se lo pasé directamente a Nelly y ella lo condujo hasta el área contraria. Vladi y yo avanzamos con ella, colocados a su derecha y a su izquierda. Después yo me puse a la cabeza. Nelly le pasó a Vladi, que otra vez me lanzó el *puck* a mí. Yo dudé un instante, miré a la izquierda, donde en ese momento el defensa de los Crocodiles intentaba alcanzarme. Entonces tomé aire, preparé el golpe y con un tiro certero lancé el *puck* directamente contra la red.

¡Bum!

¡Sí!

Dos segundos después sonó el pito del árbitro. El partido había terminado. ¡Los Young Indians habían ganado a los invencibles Crocodiles! ¡Increíble!

—¡Guay, tío, cómo has lanzado el *puck*! —gritaba Skipper una y otra vez, sonriendo muy contento.

Skipper es nuestro capitán. Y el delantero de hockey sobre hielo más fuerte y rápido que existe.

—¡El portero ni lo ha visto! —se alegró Tobi.

—¡Genial, parecía una tía de patinaje artístico cayéndose de culo sobre el hielo! —gritó Vladi con tanto entusiasmo que soltaba salivazos entre los dientes. Me cayeron un par de gotas en la frente. Pero me daba igual. ¡Me daba todo igual!

—¡Jo, tío! —dije con un suspiro de felicidad, limpiándome aquellos escupitajos de llama con el dorso de la mano—. ¡Vaya partidazo!

Los demás jóvenes indios asintieron como locos.

Vladi sonrió.

—¡Al final los Crocodiles temblaban sobre el hielo!

Nelly se echó a reír y le dio un golpe en el hombro.

—Sí, pero al final tú ya no podías más.

—Ja ja... —soltó enseguida Vladi—. Claro, lo único importante es que hoy *tú* lo hayas hecho todo bien.

Nelly le pasó el brazo por el hombro con gesto conciliador.

—Venga, tío, relájate. Era una broma. Has estado genial. Realmente *invencible.* Se lo hemos dejado bien claro a esos, ¿no?

Todos respondieron a su pregunta con un grito. Vladi y Manuel saltaron cogidos del brazo, Skipper aplaudía entusiasmado y Sandro empezó a cantar.

Yo abrí los brazos todo lo que pude y eché la cabeza hacia atrás. La vida puede ser maravillosa, pensé.

—¡Eh, por ahí viene Finn el paliducho! —canturreó Tobias, y me dio un golpe en las costillas.

Yo me asusté. Pero solo porque en ese momento me estaba imaginando que recogía la medalla de oro con la selección nacional.

Entonces, lo vi yo también: ¡Finn! Unas semanas antes me habría reído al verlo. Y, naturalmente, me habría burlado de ese chico delgado de pelo oscuro y cara de queso. Pero ahora todo era distinto porque...

¡Alto! ¡No! ¡Stop! ¡Así no! Antes de contaros toda la historia debería presentarme. Eso es lo que dice siempre mi padre. Primero, los datos personales (lo que viene a ser lo mismo que presentarse). Luego, ya se puede hablar. Y él debe de saberlo muy bien. Porque es comisario. Comisario jefe de investigación criminal.

Bueno, pues me llamo Rick Michalski, tengo once años y medio, estudio sexto de Primaria en el colegio Tucholsky y soy delantero de hockey sobre hielo en el equipo de los Young Indians. En realidad, mi nombre es Richard, pero nadie me llama así. Como mucho la Püttelmeyer. Y papá cuando está muy enfadado conmigo.

Vivo con mi padre y su mejor amigo, Wutz, en una casa cien por cien de tíos. Hasta nuestro gato Gismo es un macho.

Nuestra casa es genial. Nuestro salón es un cuarto de billar enorme. Y en nuestra cocina, en vez de una mesa

normal, hay una gran barra con cuatro taburetes cromados. Toda mi habitación está decorada con cosas de hockey sobre hielo. Sobre mi cama, en la pared, hay un póster enorme de mi jugador favorito, Mike Modano. Papá me ha hecho un tablero de madera donde tengo colgados los autógrafos de jugadores famosos de hockey sobre hielo.

El nombre se lo debo a mi madre, le gustaba mucho el actor Richard Gere. Pero no sé mucho más de ella. Solo que tenía el pelo tan rubio como yo. Y que, al parecer, su risa era tan ruidosa como la mía. No sé si es verdad. Yo no me acuerdo de ella. Murió. Poco después de que yo naciera.

Papá ha intentado un par de veces buscar una *nueva madre* para mí. Pero yo no quiero una nueva. Al fin y al cabo, ya tengo una. Y no se puede tener más de *una* madre, ¿no?

Además, tengo a Mary, que vive una calle más allá. Es mi abuela. En realidad, se llama Marianne. Pero yo la llamo Mary, a ella le gusta más y a mí también. Y, además de papá y Wutz, también están los Young Indians. Dos de ellos están en mi clase, Tobi y Nelly. Y hasta hace poco también Chrissy.

Chrissy y yo somos muy buenos amigos. Hasta somos hermanos de sangre. ¡De verdad! Todo eso de hacerse un corte en un dedo y juntar luego la sangre.

Con Chrissy se pueden hacer cosas muy chulas. Es el chico más loco que conozco. Y atrevido. Y bocazas. Y malcriado. Y, a veces, realmente descarado.

Al menos, eso es lo que le dice siempre nuestra profesora, la señora Püttelmeyer. Una vez hasta le dijo en plena clase que era un chico muy difícil de educar.

Muy difícil de educar. ¡Cómo suena eso! Como si hablara de Helena, el bulldog francés de Mary, que nunca quiere ir a recoger un palo cuando se lo lanzas.

Pero a la señora Püttelmeyer todo le parece mal. Hasta le parece estúpido que yo viva en una casa de tíos, así, sin una madre. Eso es lo que le dijo una vez a papá. Naturalmente, no dijo la palabra *estúpido.* La señora Püttelmeyer nunca dice semejante palabra.

¡Qué enfadado estaba papá cuando nos lo contó luego a Wutz y a mí! Su cara y su cuello estaban llenos de manchas rojas. Eso le pasa siempre que se enfada por algo. O cuando está supernervioso.

Como en las últimas vacaciones de Semana Santa, cuando me quería presentar a toda costa a esa tal Martina. Era abogada. Y por lo visto estaba *por pura casualidad* en el mismo hotel que nosotros.

Naturalmente, lo primero que hice fue mirar a papá. Otra vez tenía medio cuerpo cubierto de manchas rojas. Tenía una pinta muy original, como si hubiera sufrido un desafortunado encuentro con una medusa.

De verdad. Mi padre es incapaz de mentir.

Martina me cayó mal desde el principio. Muy mal. Me hablaba como si yo fuera un bebé. «¿Quieres un helado? ¿Jugamos luego un poquito a la pelota? ¿Te

gusta ir al colegio?». ¡Socorro! Hablaba y hablaba y hablaba.

Por supuesto, yo no le contesté. ¡Yo no hablo con tías así! Sus uñas eran como palas en miniatura. Y olía a apestoso puré de hongos. ¡Fatal!

Papá decía que no olía mal, que era un perfume muy caro. ¡Sí, hombre! Lo mejor habría sido que lo tirara por el váter.

Menos mal que esa bomba fétida perdió enseguida el interés por papá. Por lo visto, no tenía ganas de seguir aguantando a un crío malcriado como yo. ¡Genial! Yo pensaba lo mismo de ella.

Así que papá tenía el cuello lleno de manchas rojas cuando nos contó a Wutz y a mí su conversación con la señora Püttelmeyer. Pero Wutz se echó a reír y dijo que estaba convencido de que nos tenía envidia porque seguro que nadie quería vivir con ella. Y en eso tiene toda la razón. No hay nadie que la aguante voluntariamente.

Wutz también trabaja en la policía. En una unidad especial supersecreta. Es tan secreta que no puede contar una sola palabra de ella.

Es un auténtico *agente secreto.* Pero nadie debe saberlo, claro. Y por eso yo tampoco se lo cuento a nadie.

Bueno, normalmente. Solo lo hago en muy, muy pocas excepciones.

Está bien, me habéis pillado: todos mis amigos lo saben.

Pero da igual. Mi vida en esta casa de tíos es sencillamente genial (a pesar de que hace unos meses papá colgó *Los diez mandamientos masculinos* en la puerta del baño por dentro y en la puerta de la nevera por fuera). Y no había ningún motivo para que nada cambiara. Ninguno. ¡Absolutamente ninguno!

Pero, entonces, llegó el día en que la idiota de la señora Püttelmeyer me devolvió la redacción que yo había escrito sobre quién era mi modelo en la vida.